

El reino de Celama

¡Cuántos reinos nos ignoran!

PASCAL, *Pensamientos*

I

El espíritu del páramo

Un relato

A Cesáreo, por su memoria

CERVOM ALTIFRONTVM CORNVA
DICAT DIANAE TVLLIVS
QVOS VICIT IN PARAMI AEQVORE
VECTVS FEROCI SONIPEDE

[De los ciervos los altos cuernos
dedica a Diana Tulio,
a los que venció en la llanura del Páramo
lanzado en veloz corcel]

(Lápida 53 del Museo Arqueológico Provincial)

1

Lo que pudiera contar es casi lo mismo que lo que pudiera recordar de un sueño, o de un mal sueño para ser más exacto. A veces pienso que un memorial sería lo más adecuado: poner sencillamente las palabras al servicio de los recuerdos, ordenadas con el único fin de que el olvido no se haga dueño y señor de ese reino de la nada en que se convertirá Celama.

El tiempo fluye con la misma inercia con que sucumbieron aquellos años de desconcierto, cuando la vida no parecía tener un sentido muy claro y la gente volvía a marcharse casi en la misma proporción en que los que se fueron dejaron de volver. Poco a poco se nivelaban las presencias y las ausencias, como si los que permanecían tuvieran borrada la idea de los que marcharon y aquellos se conformasen con la distancia que los haría desaparecer para siempre.

Esas presencias y ausencias se nivelaban a la baja, como todo en Celama, confluyendo en una reducción de la existencia misma: cada vez menos y con menos ganas, en las mismas hectáreas hueras, eso sí, que semejaban alcobas de casas que no se usan, donde los muebles no llenan el espacio sino que lo certifican, porque lo que ya no vale no ayuda a llenar lo que le corresponde sino a corroborar el vacío, que es lo que mejor promueve el abandono.

En cualquier caso, el orden de lo que pudiera contar tiene un principio en la geografía porque Celama, a pesar de todo, sigue siendo un Territorio, quiero decir que lo que subsiste en ese reino desolado es la demarcación de una tierra situada en el centro de la mitad meridional de la Provincia, una franja perfectamente delimitada del resto de la Meseta por los Valles de los ríos Urgo y Sela. El Urgo pone límite a la zona en toda su longitud Oeste y el Sela por el Este. La planicie va perdiendo su carácter hacia el Norte, en la transición de la Cordillera, y también hacia el Sur, donde la aproximación de los ríos, que acarrearán la desembocadura del Urgo en el Sela, origina mayor erosión y da lugar a una zona de vallonadas¹.

¹ *vallonada*: término geográfico para referirse a un valle poco definido o una depresión.

Los geólogos dicen que Celama está constituida por terrenos modernos que van del Neógeno al Cuaternario. Antes de que el agua del Pantano produjera la transformación, cuando la tierra mantenía la identidad de su pobreza más antigua, el relato de los geólogos resultaba más evidente y explícito en la aspereza del paisaje. Luego la tierra transformada recuperó un verdor que no le correspondía, ganó la suerte de un raro vergel agrícola, y alguno de los forasteros que cruzaban las hectáreas húmedas rememoraba otra antigüedad mucho más remota, de la que en Celama nadie sabía nada: la antigüedad de los bosques que recreaban en la espesura los animales más variados y de la que, al parecer, había constancia en una lápida dedicada a Diana por el legado de una histórica Legión, allá en los años ciento sesenta después de Cristo. El legado se llamaba Tulio Máximo y dedicaba a Diana la cornamenta de los ciervos cazados en la Llanura².

Pero la descripción de los geólogos se atiene a esa otra aridez de las entrañas en la que el tiempo se mide en cantidades de oscuridad, quiero decir que la materia ordena su formación sin que el tiempo la controle, en cantidades de oscuridad mineral de las que nadie tuvo conciencia.

Dicen que sobre el relieve paleozoico se depositó durante el Mioceno, por toda Celama, un manto de arcillas arenosas con algunos cantos rodados de cuarzo. Y que en el Plioceno, arrastres masivos en forma de mantos cubrieron el substrato arcilloso con un nuevo depósito de materiales sueltos, rañas³, constituidas por cantos de cuarcita, arcillas sabulosas⁴ y limos. Del Cuaternario proviene la formación de los terrenos más recientes de terrazas y aluviales, donde será posible la actividad agraria. La erosión ha eliminado en algunas zonas las capas de rañas, dejando al descubierto retazos del substrato y dando lugar a suelos de tipo arcilloso. La pedregosidad es mayor y más abundante en los suelos que tienen su origen en los depósitos de rañas, más numerosos al Norte de Celama. Suelos ácidos en general, con poca materia orgánica y bajísimo contenido en elementos químicos fundamentales. La escorrentía resulta lenta y el drenaje interno también. La pedregosidad siempre dificultó las labores de estos suelos.

² Se refiere al ara dedicada a Diana por Tulio Máximo, legado de Augusto de la romana legión VII Gémina Félix, en uno de cuyos lados figura el siguiente texto, cuya cita preside esta novela: *Cervom alifrontvm cornva dicat Dianae Tullivs qvos vicit in parami aeqvore vectvs feroci sonipede* [La cornamenta de los ciervos de erguida testuz, a los que venció Tulio en la llanura del Páramo a lomos de un impetuoso caballo, se la consagra a Diana]. La lápida fue hallada en la muralla de León y actualmente se conserva en su Museo Provincial de San Marcos.

³ *raña*: formación sedimentaria compuesta de arcilla y cantos de cuarcita.

⁴ *sabulosas*: mezcladas con arena.

Tampoco sería preciso decir mucho más del destino primordial del Territorio, de esas vicisitudes que los geólogos enumeran como razones compaginadas en los distintos estratos que acumulan su pasado material, pero algo era necesario porque los habitantes de Celama siempre vivieron obsesionados por abrir los Pozos que sirviesen para sangrar la tierra en los reducidos espacios que les permitieran algún cultivo de sustento, entre la fiebre del secano y el pedregal oscuro que brillaba en la planicie como la roña de un cuerpo enfermo.

Alguien podría aventurar que en esa obsesión radica el destino espiritual de Celama, si convenimos que el espíritu es la razón misteriosa que infunde en la carne la inclinación de su deseo de supervivencia, siendo en este caso la carne la tierra misma que los geólogos analizan con esa especie de dictamen que determina su conformación en el tiempo, las vicisitudes de su naturaleza. El agua fue la medida de esa obsesión, tal vez porque las obsesiones más profundas son las que se construyen con lo que no se tiene, con el deseo de lo que se precisa con la urgencia de la necesidad extrema.

Los habitantes de Celama estaban hechos a la incuria de la sequedad, que era lo que los siglos legaban en la Llanura desolada. De esa incuria provenía su pobreza y en el intento de paliarla había, como siempre sucede, una lucha por la vida que animaba el espíritu con la fortaleza de su decisión, aunque el espíritu tampoco tenía muy claramente definidos sus poderes, porque el espíritu se difumina cuando la voluntad no supera el riesgo de la desgracia y el trabajo.

Además de esa razón misteriosa que infunde en la carne el deseo de supervivencia, el espíritu mostraba en Celama su condición fantasmal, también aceptada por los habitantes, porque bajo el manto de las rañas se presentía otro latido distinto al geológico, otra compaginación de estratos que sumaban los malos sueños y los peores augurios, las amenazas que componían en la sepultura de la tierra la morada de los pensamientos mortales. Por eso siempre hubo un temor incierto en el desarrollo de aquella obsesión, como si la tosca técnica de excavar los Pozos acarreará un riesgo añadido, más allá de los derrumbes y el fallo de los artilugios, en la emanación imprevista de un aliento fúnebre, en la maldición de un espectro dormido que no consentiría que no sufriera daño quien perturbara su sueño.

Siempre existió el sentimiento de que la muerte habitaba el subsuelo, y no en vano los muertos bajaban a ella, a recogerse en sus brazos una vez que los hacía suyos. Esa idea del espíritu fantasmal alimentaba el miedo de las noches de Celama, de aquellas en que la Llanura alcanzaba la vibración extrema del vacío, porque todos los años había media do-

cena de noches en que la quietud hacía temblar la atmósfera como tiembla la nada cuando se congela. El miedo era una espina mortal que los más viejos sentían en su desamparo, y esa espina les cortaba la respiración generalmente en el límite del sueño y el sobresalto, alguna de esas noches.

Nadie comentaba nada de esa oculta y penosa emoción y en la conciencia de los habitantes de la Llanura, donde abundaban los creyentes, existía la imagen del Hades como un paisaje de nieve donde se juntan el frío y la inexistencia para hacer de la muerte una morada blanca. También dicen que algunas familias que habitaron las hectáreas del baldío más pedregoso, donde se acumulaban los mayores depósitos de rañas, mantuvieron una extraña fidelidad a un ignorado Dios de la Muerte, que habría de promover el juicio final y la destrucción del mundo sensible por el fuego y el agua. Eso dicen algunos de los pocos que se atreven a contar algo de estas cosas, con más temor que convencimiento.

Lo cierto es que la Llanura no tiene leyenda, nada que enaltezca la memoria con la imaginación de quienes la habitaron para que, en algún sentido, haya un patrimonio idealizado que modifique el espejo de la cruda realidad. Celama aceptó el destino de su pobreza y la suerte y la desgracia de lo que vino después son avatares de ese mismo destino, porque de la pobreza originaria al abandono que se presiente no hay tanta diferencia, apenas el tiempo limitado de un mal sueño del que pueden rescatarse algunos recuerdos⁵.

⁵ En este primer capítulo se establece la naturaleza de Celama en una doble caracterización complementaria: a la rigurosa objetividad de la descripción geológica y geográfica sucede inmediatamente la descripción del territorio como un estado de alma asociado a la muerte, el frío, el vacío. Esta última atmósfera subjetiva será la que se impondrá a lo largo de las páginas de las tres novelas en una configuración metafórica y estrictamente literaria del espacio.

El tren de Olencia venía por el invierno de la Vega mientras iba amaneciendo y los ojos de Rapano podían distinguir una línea quebrada que perdía la continuidad en el horizonte, como si de cuando en cuando se cercenaran los límites de la tierra en la escotadura del firmamento.

La Vega era lo único que conocía Rapano y en su conciencia infantil no había otra idea del mundo que la que delimitaban las hectáreas del Caserío de Valma, donde el afluente menor del Sela alimentaba unos pagos⁶ escasos en los que había trabajado su padre.

—Era el nueve de enero de mil novecientos cuarenta y siete y yo tenía ocho años. El tren lo habíamos cogido en el apeadero de Valma, a eso de las seis y media, noche cerrada todavía. Desde el Caserío había no menos de seis kilómetros. Los anduve detrás de mi tío, como a lo largo del día habría de andar los veinticinco que restaban de Olencia al pueblo de Celama donde íbamos.

El invierno de la Vega mostraba la sombra parda de las huellas vegetales y los ojos de Rapano filtraban en el sueño, que le llevaba y le traía en el rastro sosegado del amanecer, esas huellas que eran como trapos depositados en la tierra, restos de la abundancia de la cosecha que la helada petrificó.

El tren no alcanzaba una velocidad razonable, avanzaba y se detenía sin necesitar la indicación de un apeadero, permanecía unos minutos quieto, con la respiración entrecortada, y los vagones entrechocaban en el arrastre como si exclusivamente tuviesen la intención de sobresaltar el sueño de algún viajero.

—Nunca había subido en él. En realidad, sólo lo había visto alguna vez en la dirección de Campos, cuando mi hermano Sepa y yo trepábamos a los chopos más altos para que mi madre no nos castigara. El

⁶ *pago*: distrito determinado que da nombre a una tierra o a una heredad. Se usará habitualmente en las tres novelas para la denominación de los lugares de Celama.

humo que corría más allá de lo que podía apreciarse, había dicho Sepa, era el ordinario⁷ de Olencia...

Rapano no llegó a dormirse en aquel tramo ferroviario donde existía la mayor desproporción posible entre tiempo y distancia. En el acoso del sueño encontró el sosiego de una inconsciencia que reforzaba sus pensamientos infantiles, y entre ellos el viaje tenía una emoción especial, nada ajena a un sentimiento de temor y ansiedad.

La Vega corría ahora como había corrido el humo de ordinario, entre inciertos compases que reconvertían la velocidad en un ahogo. Por la ventanilla la veía iluminarse mientras el horizonte mostraba otra lejanía sin escarpaduras y en las sombras pardas brillaban las briznas de hielo.

—Serían las nueve cuando llegamos a Olencia. Al bajar del tren supe que estaba muy lejos, que el Caserío quedaba en otro hemisferio, la misma impresión que muchas veces me contarían los que emigraron de Celama. Puedo decir que fue en ese momento, cuando iba detrás de mi tío todavía por el andén, cuando se me humedecieron los ojos, lo que no había sucedido al despedirme de Sepa y de Amparo la noche anterior, ni al mirar a mi madre inmóvil en la cama desde que mi padre hubo muerto. En el Caserío de Valma, a esa hora, habría un tordo amaestrado que me buscaba por las habitaciones y al que Sepa tendría que echar de casa a escobazos diciéndole que ya no tenía dueño.

El mismo invierno de la Vega, que en igual proporción arruinaba la fronda de las choperas en las márgenes del Sela que la punta de las almenas de Coyanza, erosionadas en multitud de esquirlas, se extendía como una mano muerta hacia el interior que orientaba la carretera en una recta de badenes y costurones, por cuyo centro veía Rapano caminar a su tío, ajeno a la excesiva distancia de sus pasos más cortos, como si no le importara perderle. Corría sofocado en algunos tramos y descansaba inquieto un instante, atento siempre a la figura que alzaba la señal del sombrero de fieltro como un punto móvil en la a veces deses- perante lejanía.

—Era una carretera que escoltaban algunos chopos, menos mientras más atrás quedaban Olencia y el río. La mañana de enero no resultaba de las peores, pero yo tenía rotos los codos del jersey y en ellos, lo mismo que en los dedos y en las orejas, me crecían los sabañones. Todo el equipaje era un hatillo que apenas pesaba. Nunca había visto tanta distancia fuera de los sembrados, quiero decir que esa recta me parecía infinita porque por ella daba la impresión de que sólo se podía ir, no volver. Me apuraba todo lo que podía pero no era suficiente

⁷ *ordinario*: elipsis de «tren»; denominación del tren que circula regularmente.

para alcanzar a mi tío y hubo un momento en que ya no distinguí el sombrero.

La recta moría en el cruce de la carretera general y Rapano vio un camión que venía por ella con mayor lentitud y estrépito que la locomotora. Corrió de nuevo en el último tramo para verlo pasar de cerca.

—Tenía la cabina colorada y la caja enteramente cubierta por un toldo muy bien atado con muchos cabos. Los bultos que cargaba deformaban el toldo pero era imposible adivinar lo que llevaba. Pasó tan despacio que pude ver muy bien al conductor y a los dos acompañantes: eran albinos los tres y el que me miró tenía el ojo derecho de cristal. Al cruzar la carretera me percaté del rastro que el camión dejaba, una salpicadura de sangre como la que mana de las reses colgadas en el matadero.

Más allá de la general había unas casas esparcidas y un largo recuesto por donde se adivinaba la huella antigua de una carretera comarcal descarnada por las torrenteras. Hacia lo alto del promontorio descubrió de nuevo Rapano el sombrero de su tío pero antes de cerciorarse de que era el sombrero tuvo la duda de que se tratara de un pájaro negro que extraviaba el vuelo para confundirle.

—Los pájaros de esa especie son burlones y taimados, de ahí que puedan amaestrarse, haciendo de su inteligencia el uso que uno quiera...

El tío le aguardaba en el alto.

—Me había echado el hatillo al hombro y según ascendía comencé a sentir un hedor tan fuerte y tan acre que hube de contener la respiración, y casi sin darme cuenta la cabeza empezó a írseme y saqué fuerzas como pude para salir huyendo cuesta arriba. El hedor venía de una montaña de hollejos porque allí al lado había una Alcoholera. Es a lo que por mucho tiempo me siguió oliendo Celama, como si ese recuerdo quedara más vivo que ninguno y el fruto de los viñedos, las híbridas que merendaban los perros cuando no había otra cosa, que era casi siempre, tuviera ya igual aroma en las mismas vides.

El tío se había quitado el sombrero y cuando Rapano llegó a su lado, disimulando la respiración entrecortada y el azoramiento de la tardanza, lo tomó por el ala y lo lanzó con un esfuerzo calculado, de modo que el sombrero voló sobre la tierra hasta una distancia considerable.

—Vete a por él y mira dónde cayó porque allí empiezan Los Confines.

De la frontera de Celama jamás supo Rapano los límites verdaderos, porque esos límites variaban según quién los midiese. Existía la certeza de que Celama era la Llanura entre el Urgo y el Sela, pero las estribaciones de la misma confluían a uno y otro lado de muy distinto modo. Los

Confines que indicaba su tío variaron aquella misma mañana, porque cuando corrió tras el sombrero el viento comenzó a llevarlo por el erial y le costó mucho alcanzarlo.

—Supe en seguida lo que era la Llanura. Lo supe en comparación con lo que la Vega suponía en mi recuerdo, quiero decir que la Llanura no era nada en sí misma, ni siquiera me la imaginaba mirándola, sólo en comparación con la Vega, el contraste de los sembrados y el erial, la pobreza y el desorden.

Con el sombrero de mi tío en la mano me quedé tiritando, porque en ese momento sentí un frío muy intenso y un escozor terrible en los sabañones. El viento soplaba con otra intención, acaso porque de aquella en Celama no había árboles, cuatro frutales en alguna Noria, y yo sabía que los árboles son los únicos que suavizan su voluntad.

Esperé a que mi tío viniera o me dijera algo, porque lo de Los Confines no lo comprendía bien. Se acercó y cuando estuvo como a treinta pasos de mí se inclinó en la tierra y me pareció que cogía una piedra del suelo.

—Hasta aquí viniste detrás —dijo mi tío—, y desde aquí te toca ir delante. El camino no tiene pérdida y a casa conviene que llegue primero el que lo hace de prestado.

El tío lanzó la piedra y Rapano la sintió cruzar peligrosamente sobre su cabeza.

—La buscas y la guardas —ordenó mi tío—, para que desconfíes de lo que te dan sin merecer.

La luz del invierno era más viva en la planicie, como en esas habitaciones desoladas donde al encender la bombilla no hay obstáculos que la tamicen, aunque la viveza de la desolación siempre sea más gélida. Había algunas nubes moradas en el horizonte y un fulgor macilento que se diluía en la atmósfera, entre livianas esquiras que el viento levantaba en los posos helados.

Rapano comenzó a caminar. Sentía a su tío tras él, en una distancia incierta, pero no se atrevía a volver los ojos. También de vez en cuando le escuchaba decir algo pero sin llegar a entenderle. Miraba inquieto las hectáreas baldías y lo que más le impresionaba era el brillo oscuro de las piedras, un raro brillo de metal oxidado o corteza calcinada que mineralizaba la erosión.

—Tuvieron que pasar algunos años para que yo entendiera lo que supone ser huérfano. Un niño de ocho todavía vive en ese limbo que aligera la memoria porque apenas hay huella de lo que se vive inmediatamente, aunque luego lo que se vivió, casi sin conciencia de ello, imprime un sentimiento mucho más profundo.

Fueron los kilómetros más largos de mi existencia y fui comprobando que la tarde venía a la Llanura con la misma precipitación del viento, tal vez porque era el viento lo que a la Llanura traía y llevaba la mayoría de las cosas. También comprobé que Celama era la misma en toda su extensión, quiero decir que, salvando los Pozos y las Norias que la moteaban con la determinación del oasis en el desierto, nada variaba en el erial que configuraba la capa de un mendigo abandonada porque ya no servía para cubrir la miseria, ni los sarmientos leñosos que a veces arañaban una hectárea con igual penuria y parecido sufrimiento.

Las indicaciones de su tío se habían traducido definitivamente en las pedradas que le lanzaba, con algunas advertencias poco comprensibles. Tardó algunos kilómetros en entender el nombre de los pueblos que iban sorteando.

El oscurecer fue menos precipitado, porque al filo de la tarde el viento cesó y un frío inmóvil comenzó a espesar la atmósfera, como si entre la tierra y el firmamento creciera un humo raro que fluía del hielo de una hoguera.

Rapano presentía que en la dirección de la Llanura, mientras más se internaban y más cerca estaba la noche, más difícil sería llegar a ningún sitio. Hizo un esfuerzo por acostumbrarse a aquel destino que le haría transitar sin reposo por un paisaje que al ser siempre el mismo comenzaba a dejar de existir, como en los sueños donde el espacio no tiene medida porque no tiene identidad.

—Había perdido el rumbo porque, más allá de las pedradas de mi tío, alguna de las cuales me había rozado las orejas, había extraviado el sentido y era como una máquina pequeña que sale aturdida de las vías y pita para no descarrilarse. Debí ir muy lejos, mucho más allá de lo preciso, y mi tío tuvo que correr tras de mí para llamarme...

Del resto de aquel primitivo nueve de enero en que llegó a Celama no tiene Rapano más recuerdos. La casa de Dalga era un tendejón con el techo de barro. A su tía Olina la vio en la cama, tan quieta y callada como su madre.

—Me acosté donde mi tío me dijo, cruzado al final de una cama grande y seguí tiritando hasta quedar dormido. Cuando había entrado en calor otro frío más fuerte vino a dañarme el vientre y gemí bajo la manta sin atreverme a quejarme. Los dedos de los pies de mi tío Ascarío buscaban el calor de mi regazo.

3

En Sormigo lo único que sabían de los alemanes es que eran rubios, por eso cuando avisaron que venía uno de ellos a experimentar un artículo para hacer Pozos, la mayor decepción fue comprobar que era un calvo de perilla plateada.

Fueron las hectáreas de más pedregal las elegidas, un terreno abandonado donde alguna vez hubo vides y el asiento de las cepas todavía mostraba la huella herrumbrosa.

Nada podía concitar más expectación en Celama que el anuncio de alguna nueva técnica para excavar los Pozos. Desde que la Llanura era Llanura, solían decir los más memoriosos, no quedó más remedio que mirar para abajo porque por arriba no había solución.

El primero que clavó una barra para alumbrar las aguas subterráneas lo hizo, Dios sabe cuándo, guiado por la fe de la desesperación, pero algún geógrafo había corroborado, más allá de la condición endorreica de Celama, ese subsuelo propicio. Y un ingeniero había comentado, mucho tiempo atrás, cuando ya los Pozos sangraban en las hectáreas yermas, que aquello era posible por la existencia de microconglomerados de cantos de cuarcita en el substrato arcilloso, que constituían acuíferos muy importantes.

Pero el problema seguía siendo cómo excavar los Pozos, cómo sacar la tierra y horadar los siete u ocho metros de profundidad hasta llegar al agua.

—De lo que es un Pozo —diría el Alemán en Sormigo— nadie va a darme lecciones. Los que tengo vistos, según venía, están hechos con más paciencia y trabajo que inteligencia, y si se hiciese un cálculo aproximado del costo humano de los mismos, tendríamos que convenir que hacerlos así es un disparate, porque una cosa es sangrar la tierra y otra muy distinta matarse en ello.

Escuchar al Alemán añadió más decepción a la ya provocada por la calva y la perilla. El Alemán se expresaba en un castellano perfecto, sin el menor acento extranjero. La única nota exótica era su indumentaria:

un traje de mezclilla con pinzas en la chaqueta, una camisa de amplio cuello y un pañuelo floreado.

Había llegado conduciendo un coche difícil de identificar, probablemente compuesto y rectificado con restos de varias marcas, y en el Casino de Sormigo, antes de empezar la operación en las hectáreas elegidas, dio algunas explicaciones más o menos difusas, indicando someramente en un plano la mecánica de su artillugio.

—Lo que consigue esta técnica —dijo a modo de resumen— es que extraemos la mayor cantidad de tierra en el menor tiempo posible y con un costo humano inapreciable, porque el esfuerzo le compete todo a los bichos. Aquí la inteligencia está en el cuidado de la extracción, los animales tiran con los balancines y los baldes garantizan no menos de media tonelada por vuelta. Ustedes me escogen los mejores machos y yo les demuestro lo que consigue la ingeniería germana cuando lleva a efecto lo que se propone...

No hubo réplica porque en Sormigo la expectación estaba ya muy por encima de la decepción que había causado el Alemán y, además, la noticia se extendía por Celama y en el pueblo querían ser los primeros en comprobar la eficacia del artillugio.

—Mire, aquí los Pozos —fue la única observación que un Viejo le hizo al Alemán— siempre los hicimos de descanso, con ladrillo de muro para empedrarlos cuando se pudo. Y esto supone que a la boca en vez de redonda le damos forma de huevo, y lo que queda de resalte nos va sirviendo de escalón o descanso para ir subiendo la tierra que se saca. Tres vigas y un gancho para que tire el macho de las canastas es todo lo que se necesita.

—Demasiado poco... —le aseguró el Alemán—. El esfuerzo es más grande mientras la técnica es más simple, no hay que engañarse. Y la más simple de las técnicas es la que deja al cuerpo humano el mayor compromiso.

Los elementos del artillugio eran descargados de una camioneta, en el lugar elegido, por los tres ayudantes del Alemán, que vestían unos monos de mahón bastante raídos y grasientos y tenían el aspecto de los húngaros que algún que otro verano cruzaban Celama con sus carromatos. La tez oscura de los laboriosos ayudantes contrastaba con la plateada perilla de su jefe, y la siguiente decepción de la jornada fue ver salir al Alemán de la cabina de la camioneta, donde discretamente había cambiado la indumentaria, embutido en un mono de iguales características. En menos de media hora, mientras los cuatro sudaban acarreamos los materiales e iban armando el artillugio, la perilla había perdido cualquier rastro de brillo plateado.

—Ingeniero no es... —dijo alguna de las mujeres que se sumaban al corro, respetando la distancia que el propio Alemán había aconsejado, para que todos pudiesen contemplar la demostración sin problemas.

—Ni Alemán parece... —aventuró otra de las mujeres, dejando en el aire esa duda que hasta el momento nadie se atrevía a hacer pública.

—Que sea lo que sea... —dijo una voz taxativa y contrariada—. Lo único que importa es la máquina.

La máquina era difícil de describir y cuando estuvo compuesta despertó en los espectadores, a partes iguales, asombro y escepticismo.

—Es un telar⁸ muy raro... —aseguró el mismo Viejo que le había hecho la observación al Alemán en el Casino.

Un árbol clavado en tierra, una anilla en lo alto con seis vientos⁹, un disco bien amarrado por los cables, un eje con su palanca y la polea que salía entre el árbol. Luego otra polea a la orilla por donde rulaba y bajaba el cable al Pozo, y el tiro de los animales con unos balancines que sacarían la tierra en unos baldes enormes. En los vientos, que tenían las clavijas bien clavadas, había al menos metro y medio de sólidas cadenas.

La máquina restallaba en el esfuerzo de arranque, y en ese esfuerzo, todavía desorientado por el ímpetu ciego de los animales, todo se sumaba en un costoso temblor, en una desarticulada sensación de que los elementos que la componían no lograban compaginarse. Era un esfuerzo seco, compulsivo, que arrancaba el trallazo de las cadenas y tensaba con peligro los cables mientras pujaban unos vientos con otros.

El Alemán daba nerviosas instrucciones a sus ayudantes, que ya contaban con el ofrecimiento de los más dispuestos de Sormigo, aquellos que más fácilmente se animaban a echar una mano. El hombre parecía presa de una creciente excitación, intentaba que nadie hiciese nada antes de tiempo y controlaba cada uno de los elementos, repasando los ejes, aquilatando las poleas, asegurándose de los balancines.

Cada uno de los intentos parecía condenado al fracaso. El arranque en seguida se frustraba y los trallazos de las cadenas y los cables en la anilla daban la impresión de que la máquina era incapaz de articular la fuerza, y la violencia era un residuo incontrolado que demostraba penosamente el desajuste del artilugio.

Cuando el Alemán trepó por el árbol con un enorme martillo y un cortafríos, los ayudantes le gritaron inquietos y por primera vez se escu-

⁸ *telar*: regionalismo leonés con sentido genérico de «trasto», «cacharro».

⁹ *vientos*: en *DRAE*, cuerda larga o alambre que se ata a una cosa para mantenerla derecha en alto o moverla con seguridad hacia un lado.

chó su nombre que, al menos en los oídos de los espectadores, sonó con toda su estridencia teutona.

—Valor no le falta... —dijo una de las mujeres, viendo cómo el hombre alcanzaba la anilla sorteando el disco y la palanca y comenzaba a operar en las alturas.

—Ni confianza en lo que se trae entre manos... —reconoció otra a su lado, mientras los ayudantes, que sujetaban los animales, repetían con creciente inquietud su nombre.

Nadie supo nunca en Sormigo cómo arrancó la máquina, qué raro brío hizo que los animales iniciaran el arrastre sin que ninguno los dirigiese ni lograra contenerlos, y con qué extraña pericia saltó el Alemán a tierra entre la furia de los vientos y el tenso vértigo de los cables y las cadenas.

Al asombro y temor de los espectadores, que abrieron el corro entre los gritos de los niños asustados, sucedió la emoción de comprobar cómo el artificio lograba una violenta armonía, en la que todos sus elementos funcionaban compaginados y los baldes arrancaban la tierra en proporciones casi imposibles de medir, como si la tierra fuese propicia a esa violencia que laceraba su superficie y sus entrañas, tan lacradas por la costra de la incuria.

El Alemán de Sormigo, porque así quedó grabado su nombre en el recuerdo, cavó sesenta y seis Pozos en Celama y perdió la vida en el sesenta y siete, cuando un gancho se partió con el asa de un balde y el balde desprendido le alcanzó en la cabeza.

La máquina siguió armada en el lugar de ese Pozo inacabado, en unas hectáreas del peor secano de la Llanura. Los dos de los tres ayudantes que con él habían venido a Sormigo, y con él permanecieron, no mostraron la mínima intención de seguir con el modesto negocio. La máquina, decían, tiene un punto que sólo quien la inventó sabe darle.

Durante años el árbol alzó su centro con la anilla y el disco como la enseña malograda de lo que consigue la ingeniería germana cuando lleva a efecto lo que se propone. Luego las clavijas se corroyeron y dejaron caer los vientos y el mismo árbol se derrumbó talado por el invierno de la Llanura.